

derechos humanos, como por ejemplo los proyectos de estatuto antiterrorista y de ley estatutaria para la “reincorporación de miembros de grupos armados que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional”, o los planes para otorgar capacidades de policía judicial a las fuerzas militares.

Frente a este crecimiento del espacio de actuación del gobierno en contra de las normas internacionales de derechos humanos, las principales respuestas se han producido en las esferas intergubernamentales (la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de la ONU para los Derechos Humanos ha emitido varios comunicados muy críticos) y no gubernamentales (tanto a nivel colombiano como internacional). Sin embargo, las respuestas de gobiernos han sido mucho más tibias, en forma de un comunicado conjunto de la UE que reconoce la importancia del tejido social colombiano para la protección de los derechos humanos. De hecho, en la reunión de países donantes de Londres, en julio de 2003, el gobierno recibió lo que interpretó como un espaldarazo para sus políticas nacionales e internacionales, apenas matizado por llamamientos al papel de Naciones Unidas y de ese mismo tejido social que es sistemáticamente golpeado con creciente impunidad.

En resumen, frente a la previa disociación entre *discurso y protección de los derechos humanos*, estamos asistiendo a una reagrupación de ambos componentes de la actuación del gobierno, pero a costa del desplazamiento del discurso hacia la realidad de la desprotección de los derechos humanos y sus defensores en Colombia. La cuestión va mas allá de un gobierno, por lo que no sería adecuado *uribizar* dicho proceso: este proceso puede conducir, si la presión internacional no lo remedia, a un Estado autoritario en lo que a materia de derechos humanos se refiere.

A nivel internacional, todavía nos falta perspectiva histórica para juzgar estos momentos. Sabíamos que las respuestas reales de los gobiernos ante masivas violaciones de derechos humanos distaban mucho de ser efectivas y eran ciertamente limitadas en tamaño. Pero lo que estamos vislumbrando es que, además de que no era un gigante, también el enano de las respuestas de los gobiernos tenía los pies de barro.

Luis E. Eguren, consultor y analista en temas de protección de población. Autor del libro Unarmed bodyguards: International Accompaniment for the Protection of Human Rights, West Hartford: Lumarian Press, 1997 (con Liam Mahony).

Christine Hatzky

“Nosotros vamos por otro camino: somos revolucionarios...”

Julio Antonio Mella, el movimiento estudiantil cubano y los anti-imperialistas de los años veinte

El movimiento cívico-político que surgió a principios de los años veinte en Cuba fue un movimiento de protesta que engendró una crítica profunda a la joven República. El movimiento produjo un espectro político que abarcaba desde un nacionalismo conservador moderado, hasta un anti-imperialismo radical. Surgió aquí no sólo el problema de generaciones, sino también la cuestión del alcance y carácter de la democracia, del desarrollo

económico efectivo y –de nuevo– del lugar de los afrocubanos en la sociedad de Cuba.

El resurgimiento político de 1923 fue provocado por la crisis del azúcar de los años 1920/1921, la cual había descubierto de manera dramática la dependencia económica de Cuba de los Estados Unidos. Tanto la intervención de Estados Unidos en el destino de la isla, como la corrupción por parte del Estado fueron percibidas como una traición a los ideales de la lucha de independencia y así, como la causa principal para la miseria incesante. A pesar de la existencia de un programa de moralización para el combate contra la corrupción impuesto por los Estados Unidos, prosperaron el nepotismo, el soborno y el enriquecimiento personal bajo la presidencia del abogado Alfredo Zayas y Alfonso (1921-1925).

En la opinión pública se extendía cada vez más el parecer de que la independencia de Cuba, obtenida en 1902 después de una ocupación militar por los Estados Unidos que había durado cuatro años, no se había efectuado realmente, sino sólo de manera formal. Se estaba desarrollando tanto una nueva conciencia nacional, como una nueva cultura política. La protesta se expresó en la fundación de organizaciones de carácter civil.

Aparecieron alianzas de oposición como la Junta de Renovación Nacional, la Falange de Acción Cubana o los Minoristas, las cuales condenaron públicamente la corrupción y la intromisión de los Estados Unidos. Jóvenes intelectuales, profesionales, estudiantes y veteranos de la Independencia protestaron contra la decadencia y el desmoronamiento moral de los gobernantes y buscaron soluciones para la problemática nacional. Además de esto, se fundaron numerosos grupos de intereses en torno a la clase media, sobre todo por parte de empresarios, hacendados o colo-

nos, quienes tenían pretensiones de representar los intereses nacionales. Las protestas se reunieron finalmente en la Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas. En ella se intentó llegar a un acuerdo en cuanto a los diversos conceptos que se tenían de una nación cubana independiente. El denominador común era el deseo de una “nueva definición moral de la patria”.

Los más radicales entre ellos exigían la desaparición de la hegemonía de los Estados Unidos sobre Cuba y rechazaban el orden social reinante. Sobre todo la generación más joven, políticamente no comprometida que había nacido ya en la República, hacía referencia a la tradición armada de la Independencia y reclamaba una reinterpretación de los ideales de José Martí. Bajo la influencia de las teorías de Marx y Lenin, estos mismos desarrollaron un anti-imperialismo militante. Mella, líder del movimiento estudiantil, y el poeta Rubén Martínez Villena, líder del grupo Minorista, encarnaron esta vertiente radical, nacionalista y anti-americanista. En cuanto a su radicalismo, sin embargo, constituyeron una excepción absoluta.

La intranquilidad política resultó también en el preludio de nuevas alianzas políticas. Había acercamientos iniciales de parte de los estudiantes y la vanguardia intelectual-artística con el movimiento sindical. Este movimiento había conseguido movilizar numerosas huelgas y luchaba por reformas concretas, pero tenía poca influencia como fuerza social sobre los sucesos nacionales. El sindicalista afrocubano Alfredo López, presidente de la Federación Obrera de La Habana (FOH), de tendencia anarco-sindicalista, así como Martínez Villena y Mella, fueron los principales responsables de este acercamiento.

Aun cuando la vanguardia de los artistas apenas comenzaba a coquetear con el exotismo de la cultura afrocubana y los estudiantes admiraban a alguno que otro

deportista afrocubano, fueron principalmente los sindicalistas los que comenzaron a enfrentarse en sus debates con la problemática racial en Cuba. Por lo demás, las protestas de 1923 fueron encabezadas casi en su mayoría por una élite de ciudadanos blancos, urbanos —y casi siempre masculinos—.

El movimiento estudiantil

El movimiento de reforma universitaria, comenzado en Argentina en 1918, llegó a Cuba a finales de 1922. Tanto la Universidad de La Habana —que era en los años veinte la única universidad de la isla— como otros centros de estudios superiores estaban envueltos en la corrupción reinante: se podían comprar cargos, títulos y notas; los métodos de enseñanza eran anticuados. Las exigencias de los estudiantes, reunidos en la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) comprendían entre otros los siguientes puntos: la suspensión de profesores incompetentes, autonomía para la universidad y participación de los estudiantes en la organización de los planes de enseñanza y en la dirección de la universidad.

Así como en toda América Latina, la iniciada industrialización en Cuba también exigía un determinado profesionalismo en cuanto a la formación de especialistas. Los cargos más exigentes dentro de la industria eran ocupados en su mayoría por especialistas norteamericanos, lo que despertaba igualmente resentimientos de carácter patriótico. Por medio de un sencillo ejemplo, Mella llegó al núcleo del asunto: en las centrales azucareras modernas no trabajaba casi ningún químico o ingeniero cubano, lo que no era de sorprender, ya que de la Universidad de La Habana no había salido ni un solo ingeniero electricista en los últimos tres años.

Según su juicio, las condiciones en la universidad no eran otra cosa que el reflejo de la realidad nacional.

Para Mella, al contrario que para la mayoría de sus compañeros, la reforma universitaria constituía un paso hacia un cambio social general. Con este fin organizó en La Habana el primer congreso nacional estudiantil en Octubre de 1923. Por instigación de Mella fueron resueltas la fundación de una “Universidad Popular José Martí” y la “Declaración de Derechos y Deberes del Estudiante”. Ambas iniciativas hacían hincapié en el derecho a la educación para todos y en la particular responsabilidad social y moral de los estudiantes de transmitir sus conocimientos a la población trabajadora con el fin de construir una sociedad libre de explotación y opresión.

El gran apoyo recibido por los estudiantes que había llevado a Mella al liderazgo del movimiento en la primavera de 1923 se derrumbó inmediatamente después del congreso. La mayoría de los estudiantes no compartía ni las radicales posiciones anti-imperialistas de Mella ni tampoco su provocante comportamiento. En vista de ello, Mella presentó su renuncia como dirigente de la FEU a finales del año y se dedicó a la construcción de la Universidad Popular.

“La Universidad Popular (...) procurará formar en la clase obrera de Cuba, una mentalidad culta, completamente nueva y revolucionaria”, decía en sus estatutos. Era necesario romper con el pasado, con los falsos valores de la época colonial y crear una cultura nacional moderna. La cultura, proclamaba Mella, constituía la única verdadera emancipación. Toda la población cubana —independientemente de su color de piel, sexo o nacionalidad— fue invitada a participar en las clases gratuitas.

La Universidad Popular se convirtió en un empalme social para el contacto

entre trabajadores, estudiantes y la vanguardia artística-intelectual de Cuba. El sindicalista Alfredo López, en particular, no hizo caso de la desconfianza que imperaba entre los trabajadores con respecto a los intelectuales y al lado de Mella, se dedicó a la Universidad Popular.

Veteranos y patriotas

Los veteranos que se habían organizado ya después del fin de la guerra de Independencia, se habían dado cuenta, decepcionados, que su sacrificio patriótico no había sido suficientemente reconocido por el Estado cubano: ni se les había sido otorgada la tierra prometida, ni tampoco se les pagaban sus pensiones con regularidad en tiempos de crisis.

En 1923 tuvieron lugar dos grandes asambleas nacionales en La Habana, en las cuales los veteranos exigieron el pago de sus pensiones y presentaron un extenso catálogo de reformas al Congreso de la República para rescatar a la nación cubana. El catálogo comprendía entre otras cosas, la supresión de la ley de lotería, la prohibición del monopolio de ferrocarriles y puertos, la modificación de la ley electoral, la reforma de los órganos judiciales, una nueva legislación fiscal, así como la igualdad de derechos para las mujeres. Con esto pretendían hablar por la mayoría de la población cubana. Sus exigencias eran en primer lugar pro-cubanas y no anti-americanistas.

Mella, que participó como representante de la FEU, ofreció 3.000 corazones y 6.000 brazos para reanudar el movimiento. Grupos de presión en defensa de la industria nacional y del comercio se alinearon también al movimiento que se fundó ahora como la Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas. La lista de los miembros de la junta directiva era corres-

pondiente a la heterogeneidad de sus simpatizantes: entre ellos se puede mencionar a Rogerio Zayas Bazán, el futuro Secretario de Estado bajo el gobierno de Gerardo Machado (1925-1933); así como futuros presidentes como Federico Laredo Brú y Carlos Mendieta. También el nombre de Mella estaba en la lista. La dirección estaba a cargo de los veteranos Carlos García Vélez, el general Manuel Sanguily y el filósofo Enrique José Varona.

La asociación renunció a fin de cuentas al buscado mejoramiento de la República ("rectificación") y optó por una "regeneración", el cambio del gobierno. Poco después, el presidente Zayas ordenó la prohibición de la asociación, lo que provocó impetuosos planes para un golpe. Pero la revuelta fracasó lamentablemente a finales de abril de 1924, ya que no sólo faltó el esperado apoyo de extensos círculos de la población, sino también la iniciativa de los propios miembros de la asociación. Este episodio selló el fin de la Asociación Nacional de Veteranos y Patriotas.

Sobre todo la juventud se sintió profundamente decepcionada por este desenlace. Para ellos era evidente que los políticos tradicionales, no importando su camiseta, no mostraban ningún interés por una solución real a los problemas nacionales. La crítica más radical al fracaso del movimiento fue formulada por Mella en su artículo "La última farsa de los políticos y patrioterros". Desilusionado, Mella habló acerca de la corruptibilidad y la falta de deseos de cambio de los participantes. Con repugnancia tomó distancia del estilo político de los caudillos del movimiento de independencia y declaró:

"(...) Nosotros vamos por otro camino. Somos revolucionarios, sí, pero verdaderos revolucionarios. No aspiramos a puestos. No queremos cambiar unos hombres por otros. Ansiamos a realizar nuestros

ideales (...) que no son la elevación de unos cuantos, sino la liberación del pueblo esclavo. La historia nos ha enseñado que la transformación para ser real y justa tiene que ser destruyendo el sistema económico. Hacia ahí van nuestros dardos. No somos revoltosos, sino revolucionarios (...).

Ésta fue la señal del comienzo de un proyecto radical, nacionalista, anti-imperialista y social-revolucionario, cuyo exponente principal era Mella. Su declaración de lucha contra la hegemonía de los Estados Unidos en América Latina constituía al mismo tiempo una negativa a todos los nacionalistas moderados cubanos, quienes en caso de duda buscaban la protección de los Estados Unidos para defender sus intereses. La declaración de lucha de Mella estaba dirigida en particular al moderado pero autoritario nacionalismo de Gerardo Machado, quien había reemplazado a Zayas como presidente en mayo de 1925.

Según la nueva estrategia de Mella, las corrientes nacionalistas más radicales debían ser unidas a la lucha por la justicia social. Conforme a su recién adquirida perspectiva marxista, Mella veía en la clase obrera el sujeto revolucionario del futuro, apoyado por estudiantes e intelectuales. Definió un anti-imperialismo que conectaba al nacionalismo, tradición de los movimientos de independencia de América Latina, con ideas marxistas de carácter social-revolucionario. Mella relacionó la lucha de clases con los intereses nacionales comunes, buscando así una solución para una nación cubana independiente. No obstante, no quería copiar una revolución que había tenido lugar en otras regiones del mundo bajo otras circunstancias. Con esto se declaraba —consciente o inconscientemente— a favor de un camino revolucionario sin dogmas y específicamente latinoamericano.

Con todo eso, Mella combinaba todas las ideas e instrumentos que estaban a su disposición dentro de su “contexto cultural”: la tradición latinoamericana de la lucha armada por la independencia, el anti-imperialismo, el amor a la patria en el sentido de Martí y su visión internacionalista de la solidaridad latinoamericana, así como el entusiasmo por el intento de la Unión Soviética de construir una sociedad sin clases.

El retorno al apóstol: José Martí

Con la búsqueda de una nueva definición nacional de Cuba comenzó también el retorno a las ideas de José Martí. El hecho de que las instituciones de la República habían tomado posesión del “símbolo cubano”, del “apóstol” y héroe de la Independencia, ocasionó el rechazo de la oposición. Se resistían contra el culto oficial a Martí, el cual era tomado como una falsificación con motivos políticos. Mella fue el primero en “redescubrir” a Martí y en dar el impulso decisivo para un nuevo entendimiento con respecto a Martí: fue quien preparaba el camino hacia un nuevo discurso sobre Martí. Un cambio de la sociedad cubana sin la inclusión de las ideas de Martí era imposible según su parecer. En sus *Glosas al pensamiento de José Martí*, Mella exigía una nueva interpretación de su pensamiento y un enfrentamiento serio con sus ideas que no estuviera al servicio de los intereses de la “burguesía pseudo revolucionaria”. Por primera vez, Mella acercaba a Martí al marxismo.

La ANERC

Tanto terminar con el imperialismo de los Estados Unidos como derrocar a

Machado se convirtieron en la obsesión política de Mella. Durante su exilio en México en 1928 desarrolló su idea de regresar a Cuba por medio de una intervención armada. Con este fin concibió una alianza extensiva a todas las clases sociales y fundó la organización de emigrados políticos ANERC y la revista *¡Cuba libre!* La ANERC estaba contra “la venta total de las riquezas nacionales al capitalismo extranjero”, contra la discriminación racial y contra la desigualdad social y política de las mujeres. Abogaba por una federación de los Estados de Centroamérica y el Caribe, por un gobierno democrático, por la instalación de los derechos fundamentales para los trabajadores, por la expropiación de las centrales azucareras, por una reforma agraria y educativa, así como por la propagación de una —no definida— “nueva cultura socialista”. Refiriéndose conscientemente a la tradición de la guerra de Independencia cubana, la ANERC quería liberar a todos los trabajadores, los oprimidos y explotados de Cuba, realizando esto con la ayuda de un “bloque de trabajadores, campesinos, colonos e intelectuales revolucionarios”.

Todas las fuerzas nacionalistas, revolucionarias, democráticas y “anti-machadistas” fueron exhortadas a unirse a la ANERC. Al mismo tiempo, la ANERC redefinía a la nación cubana: a partir de entonces deberían pertenecer a ella también los afrocubanos y las mujeres. Nuevo era también la manera explícita de poner de relieve a la clase obrera como parte de la nación: basándose en las ideas de Marx y Lenin, Mella definía a la clase obrera como “sepulturera del imperialismo”. De esta definición estaban excluidos todos aquellos que “traicionaban y vendían” a Cuba a potencias extranjeras. Las metas de la ANERC no tenían sus límites en Cuba, ya que para Mella, la lucha por la liberación nacional implicaba al mismo

tiempo una dimensión latinoamericana y hasta global.

El programa de la ANERC pone en claro el intento de Mella de trazar nuevos criterios políticos. Quería abordar los problemas que entonces ni el comunismo, ni el nacionalismo de la elite blanca cubana podía resolver: la integración de la población negra en la lucha por una Cuba independiente. Mella fue el primer cubano, en los primeros tiempos del comunismo, en exigir la supresión de la discriminación “racial”. Con esto, Mella refutaba la posibilidad de que con una revolución social, automáticamente se eliminaría la desigualdad “racial”.

Tanto la educación intelectual de Mella como su socialización en dos culturas, la cubana y la norteamericana, le sirvieron como ventaja para trazar nuevas ideas políticas. Su identidad híbrida estaba marcada tanto por la Cuba postcolonial como por la sociedad norteamericana. Por esta razón, para Mella era tanto más natural tomar distintas ofertas culturales y políticas y utilizarlas para sus propios fines. Estas experiencias le permitieron reinterpretar la historia cubana, redefinir sus símbolos y abrir así nuevas formas de pensamiento y campos de acción para los cambios políticos.

En una continuidad directa al proyecto de liberación nacional de Mella estuvo la revolución de 1933, la cual llevaría a la caída de Machado. Esta revolución fracasó en cuanto a su programática social, pero conllevó a un cambio esencial en la relación entre Cuba y los Estados Unidos, que ya a principios de los años veinte los anti-imperialistas habían exigido: la derogación de la Enmienda Platt. Algunas de las exigencias políticas y económicas que Mella había formulado en el contexto de la ANERC ingresaron en la Constitución cubana, promulgada bajo el gobierno de Batista en 1940: la equiparación de las

mujeres, la derogación de la discriminación “racial”, la jornada de ocho horas, el salario mínimo, así como la limitación de los latifundios y el otorgamiento de créditos en el ámbito rural.

Christine Hatzky es historiadora y docente en la Universidad Duisburg-Essen. Su tesis de doctorado sobre la biografía política de Julio A. Mella (1903-1929) será publicada en breve por la editorial Vervuert. Correo electrónico: christine.hatzky@uni-essen.de.

Susanne Hartwig

Teatro y sociedad en la España actual

Nada menos que un auténtico castillo, el de Rauischholzhausen cerca de Giessen (Alemania), sirvió de impresionante ‘telón de fondo’ para el coloquio internacional Teatro y Sociedad en la España actual, que se celebró del 20 al 24 de septiembre de 2003, y que fue organizado por el Prof. Dr. Wilfried Floeck (Universidad de Giessen) y la Dra. María Francisca Vilches de Frutos (CSIC de Madrid). Se reunieron 26 filólogos y científicos que, además de la Universidad de Giessen y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, venían de diferentes universidades alemanas (Berlín, Garmersheim, Saarbrücken), norteamericanas (Berkeley, Middletown, New Brunswick, Swansea, Wooster), españolas (Barcelona, Cuenca, Madrid, Oviedo, Salamanca, Santiago de Compostela), francesas (Rennes, Toulouse, Strasbourg), italianas (Verona) y suizas (St. Gallen). Como invitado de honor participó el dramaturgo y director de escena Ernesto Caballero, que presenció también el estre-

no de la traducción alemana de su obra *Auto (Aufgefahren)* en el Teatro Municipal de Giessen (Theater im Löbershof).

Las contribuciones de los ponentes tenían como objetivo el estudio de las complejas relaciones entre el teatro actual y la evolución de la sociedad en España y se distribuyeron en varios núcleos temáticos como “Teatro y democracia: cambios sociopolíticos, gestión cultural y canon autorial y escénico”, “Lo sociopolítico como elección dramática” y “La renovación de los lenguajes teatrales: discursos textuales escénicos”. De manera sucinta los autores estudiados se podrían repartir en tres grupos principales: los que empezaron su trayectoria ya durante el franquismo (como Antonio Buero Vallejo o Alfonso Sastre), los que estrenaron algunas obras paradigmáticas suyas en la época de la Transición (como José Alonso de Santos o José Sanchis Sinisterra) y los ‘jóvenes’ de la democracia consolidada, un grupo altamente heterogéneo cuyo único denominador común es que nacieron alrededor o después del año 1960 y que dieron sus primeros pasos en el mundo teatral a partir de los años ochenta.

Cada consideración de la producción dramática actual debe tener en cuenta el específico sistema cultural español, que opone teatros públicos y privados. Éstos se enfrentan a situaciones económicas y posibilidades de innovación y creatividad muy distintas. Se puede confirmar *—cum grano salis—* que las innovaciones y las búsquedas estéticas radicales se efectúan casi sin excepción en el sector llamado ‘alternativo’, que, sin embargo, carece de los recursos económicos necesarios para llevar sus propuestas al gran público. Éste prefiere los potentes teatros comerciales, que cuentan con un número considerable de espectadores, sobre todo cuando ponen unos musicales o unas comedias de un sentido del humor que se calificaría de